

LA FORMACION DE UNA ELITE POLITICA LOCAL (*)

Por J. CAPO, M. BARAS, J. BOTELLA y G. COLOME

Durante decenios, la esfera política local ha despertado poca atención por parte de los estudiosos. Se pueden mencionar diversas (y bien heterogéneas) razones para ello: en unos casos, la fuerte centralización de algunos sistemas políticos; la consideración —muy frecuentemente estadounidense— de la localidad como *community*, entendida como unidad social relativamente autónoma y autosuficiente; la realidad —tradicional en Francia— de una vida local extremadamente notabiliaria y ajena a las corrientes políticas nacionales; o el predominio de una visión exclusivamente administrativista de la realidad municipal.

En cualquier caso, unos y otros elementos convergen, de modo paradójico, en concebir la realidad local como algo externo al proceso político —como quiere el tópico de la despolitización de la vida local— a pesar de que, por ejemplo, Tocqueville conectase el *self-government* local con la garantía de las libertades o que los socialistas fabianos pusiesen sus esperanzas en los ayuntamientos, como alternativa a la vez más factible y más atractiva que la lucha por el poder central del Estado.

Sin embargo, en los últimos treinta años la ciencia política ha abandonado este punto de vista y, bajo ópticas (e incluso denominaciones) muy di-

(*) Los datos en que se basa esta investigación proceden de las siguientes fuentes: para 1979, de los Gobiernos Civiles de Barcelona, Lérida y Tarragona y las Juntas Electorales de Zona de la provincia de Gerona; para 1983, de la Delegación del Gobierno en Cataluña. El estudio final incluirá también los resultados de las elecciones locales de junio de 1987.

Los autores quieren expresar su agradecimiento a la Fundación Jaume Bofill y al Institut de Ciències Socials (Diputación de Barcelona-Universidad Autónoma de Barcelona), que en diversos momentos han contribuido a la realización de este trabajo.

versas, ha adoptado el estudio del proceso político en el plano municipal como un objeto «normal». No es éste el lugar para intentar una presentación exhaustiva de la bibliografía existente, pero nos parece necesario un mínimo desarrollo que permita explicitar el marco de referencia y de generación de hipótesis en que nos intentamos situar.

Una primera distinción puede hacerse, para utilizar la expresión de Charles Bonjean, entre aquellos estudios que se concentran en el plano local como *research site*, como espacio en que ciertos fenómenos se hacen visibles, y los que lo consideran como *object of inquiry*, como elemento relevante, en su propia especificidad, en el conjunto del sistema político (1).

La primera orientación parte de la intuición de que, al tratarse de unidades más reducidas y con un número más limitado de actores que las instancias centrales del sistema político, ciertas realidades fundamentales se pueden abordar mejor a partir de un «estudio de caso» conducido al nivel municipal. Estudios tan distintos en todos los sentidos como el clásico análisis de Dahl sobre New Haven o el de Castells sobre Dunkerque comparten esta intuición fundamental; recuérdese también cómo buena parte de la polémica «pluralistas-elitistas» que siguió a la obra de Dahl tomó por campo de batalla el estudio del proceso político local (2).

El segundo uso de lo local en la ciencia política actual, como *object of inquiry*, se ha desarrollado especialmente en la línea del análisis de las acciones políticas emprendidas por los gobernantes municipales. El crecimiento del intervencionismo federal en Estados Unidos durante los años sesenta, la puesta en marcha de la regionalización en Italia en los setenta o el cuestionamiento y regeneración del Estado del bienestar en los ochenta han venido a modificar los términos de la división del trabajo entre las instancias centrales de los sistemas políticos y los gobiernos locales; no puede extrañar, pues, que buen parte de los *policy analyses* conducidos al nivel local hayan ido a desembocar al prometedor campo del estudio de las relaciones intergubernamentales (3).

(1) Se trata del título de la introducción de BONJEAN: «The Community as Research Site and Object of Inquiry», en C. M. BONJEAN/T. N. CLARK/R. L. LINEBERRY: *Community Politics*, The Free Press, New York, 1971.

(2) Véanse R. DAHL: *Who Governs? Democracy and Power in an American City*, Yale University Press, New Haven, 1961, y M. CASTELLS/F. GODARD: *Monopolville. L'entreprise, l'État, l'urbain*, Mouton, Paris, 1974.

(3) En este terreno, la bibliografía, especialmente de origen anglosajón, es muy amplia. Como demostrativos de diversas orientaciones, véanse M. A. CRESON: *The Un-politics of Air Pollution: a Study of Non-decisionmaking in the cities*, The John Hopkins Press, Baltimore, 1971; N. W. POLSBY: *Community Power and Political Theory*, Yale University Press, New Haven, 1971; R. HAVEMAN: *A Decade of Federal*

Una tercera línea, más próxima a nuestras preocupaciones, es la que estudia a los gobernantes locales en tanto que integrantes de las élites políticas. Bien sea a través de una articulación entre el plano local y el nacional claramente jerarquizado y curricular, como en Francia, o bien a modo de compartimientos estancos y con escasa comunicación, como en el caso británico, la existencia de una escena política local, con recursos de poder y de legitimación propios, consolida un específico personal político y administrativo y configura un marco de actuación y desarrollo de las fuerzas políticas, a la vez relativamente independiente de y relevante para el conjunto del sistema (véanse las referencias contenidas en la nota 9).

De modo más concreto, nuestro trabajo se propone la exploración de dos grandes ejes temáticos: la caracterización de nuestra élite política local y el estudio del marco local como escenario de implantación de las fuerzas políticas. Como es natural, una y otra dimensión van ligadas al proceso de desarrollo y estabilización del sistema político democrático. Nuestra hipótesis es que las características adoptadas por las élites políticas y por los partidos en el plano local, en los momentos iniciales del sistema político democrático, van a condicionar (es decir, van a constituir a la vez recursos y dificultades), por lo menos parcialmente, el futuro de las élites políticas y del sistema general de partidos. Naturalmente, esta hipótesis sólo podrá ser verificada más adelante, lo cual hace útil la constitución de bancos de datos actualizados, a lo largo del tiempo, que permitan un seguimiento regular de los múltiples niveles de estructuración del personal político (4).

Anti-Poverty Programs, The Academic Press, New York, 1977; G. W. JONES (ed.): *New Approaches to the Study of Central-Local Government Relationships*, Gower Press, Westmead, 1980; D. E. ASHFORD: *British Dogmatism and French Pragmatism*, Allen & Unwin, Londres, 1982. En el continente europeo mencionemos el número 24 de la revista *Pouvoirs* (Paris, 1983), consagrado monográficamente a «Le Maire» o el trabajo de B. DENTE *Governare la frammentazione*, Il Mulino, Bologna, 1985.

(4) J. BOTELLA/J. CAPO/J. MARCET: «Aproximación a la sociología de los partidos políticos catalanes», en *REP*, núm. 10 (1979) [más ampliamente tratado en *Partits i parlamentaris a la Catalunya d'avui (1977-1979)*, ed. 62, Barcelona, 1980]; J. BOTELLA/J. MARCET: «La inmigración en Cataluña: electores, partidos y representación política», en *Sistema*, núm. 45 (1981); J. CAPO: «Itineraris culturals i militància política», en *Taula de Canvi*, núms. 23/24 (1980); J. CAPO/J. BOTELLA: «Las élites intermedias de los partidos españoles; resultados preliminares», en *Problemas actuales del Estado social y democrático de Derecho*, Universidad de Alicante, 1985; J. CONDOMINES: «Los diputados españoles», en *Universidad y sociedad*, núm. 2 (1982); I. PITARCH/J. SUBIRATS: «Els diputats al Parlament de Catalunya 1981», en *Perspectiva Social*, núm. 16 (1980); J. F. TEZANOS: *Sociología del socialismo español*, Tecnos, Madrid, 1983. También referencias al tema en J. MARCET: *Convergència Democràtica de Catalunya. El partit i el moviment polític*, ed. 62, Barcelona, 1984. Con otra óptica, M. BONACHELA: *Las élites andaluzas*, Mezquita, Madrid, 1984.

En este artículo nos ocuparemos del análisis de la composición sociológica de los concejales y alcaldes elegidos en todos los municipios de Cataluña en 1979 y 1983. Por ello, nuestro estudio puede adolecer de los inconvenientes de una investigación pionera, puesto que, al no existir trabajos similares ni para el conjunto de España ni para otras Comunidades Autónomas, los datos que presentamos pueden quedar faltos de comparación, además de su propia insuficiencia al basarse en archivos oficiales, que no tienen en cuenta la multitud de variables que podrían interesar a los investigadores. Sin embargo, a pesar de estos inconvenientes, el estudio de la formación del personal político en nuestro país y, por extensión, de una élite local no puede ser pospuesta ni un solo día más sin correr el peligro de perder la posibilidad de estudiar los orígenes de nuestro sistema político y su desarrollo. La estabilidad o la inestabilidad de la élite política local, su profesionalización en el doble sentido de convertirse en oligarquía y en el de poseer una mayor competencia técnica para ejercer su cargo, las relaciones vida política local-vida de partido son sólo algunos de los temas que deben abordarse sin falta.

Resulta, pues, necesario tener en cuenta la composición social de los ayuntamientos al teorizar sobre la democracia en España. Piénsese, y sólo es uno entre los muchos ejemplos posibles, en los problemas que plantean los bajos niveles de afiliación partidista (5) y la abundancia de cargos políticos y técnicos que deben cubrirse en los ayuntamientos.

En efecto, situados en las primeras elecciones municipales, hay que pensar en que los partidos concentraban sus militantes especialmente en las grandes capitales, pero carecían de una presencia regular en todo el territorio. En Cataluña, *Convergència i Unió* —el grupo que logró presentarse en más localidades— tan sólo llegó a hacerlo en 422 municipios de los 937 de la Comunidad (6) y el 11,7 por 100 de los electores votaron listas «no partidistas».

Todo ello indica las posibilidades de un fuerte localismo (en oposición al predominio de los partidos) en la formación del liderazgo municipal; localismo que se deriva de fenómenos distintos. En efecto, la presencia con éxito político de agrupaciones de electores —a veces próximas a formaciones políticas, pero otras veces con un carácter puramente local como independientes— nos obliga a plantear la relación entre la presencia y la ausencia de los partidos políticos en una doble vertiente: por una parte, la debilidad de la afiliación partidista y, como consecuencia, su incapacidad para tener una presencia constante en todo el territorio; por otra, la voluntad

(5) J. R. MONTERO: «Partidos y participación política: algunas notas sobre la afiliación política en la etapa inicial de la transición española», en *REP*, núm. 23 (1981).

(6) J. MARCET: *op. cit.*, pág. 81.

de algunas élites locales de presentar una opción propia, teóricamente apartidista.

La debilidad de los partidos y la fortaleza de algunos independientes locales son dos aspectos de un mismo proceso de transición de la dictadura a un sistema democrático. Al estar prohibidos los partidos políticos, era más fácil la militancia en las grandes ciudades, donde, a su vez, se producían los conflictos más importantes. Por el contrario, en los pueblos la política parecía lejana, con lo que resultaba más creíble el mensaje de apoliticismo presentado por los «independientes».

Competición partidista o competición local es, pues, un primer punto de especial relevancia porque puede incidir en el grado de autonomía de los representantes. En este sentido, las dificultades de implantación de los partidos quedan reflejados en el cuadro 1, puesto que cerca de 3.500 concejales, es decir, más del 40 por 100 de los cargos elegidos en 1979, formaban parte de alguna agrupación de electores. Naturalmente, hay que señalar que estos rasgos «apartidistas» se produjeron especialmente en las pequeñas poblaciones, inferiores a 2.000 habitantes, en las que alcanzaron el 54 por 100, y entre 2.000 y 20.000, con el 33 por 100.

CUADRO NÚM. 1

PARTIDOS Y AGRUPACIONES SEGUN EL TAMAÑO DEL MUNICIPIO

	1979			1983		
	Partidos	Agrup.	N.º	Partidos	Agrup.	N.º
Menos de 250 ...	45,8	54,2	831	62,0	38,0	909
De 250/2.000 ...	45,2	54,8	3.796	64,3	35,7	3.534
De 2.000/20.000...	66,6	33,4	2.621	78,3	21,7	2.721
De 20.000/50.000.	92,8	7,2	453	96,4	3,6	508
Más de 50.000 ...	100	—	403	100	—	394
TOTAL	57,6 (4.671)	42,4 (3.433)	8.104	72,5 (5.849)	27,5 (2.217)	8.066

Ahora bien, frente a estas dificultades de implantación partidista, puede señalarse también el interés que tuvieron estas elecciones para unos partidos con bajos índices de afiliación y con poca actividad. Acrecentar el partido numérica y geográficamente, empezar a distribuir incentivos selectivos, conseguir una fuente de ingresos, etc., eran objetivos posibles de conseguir mediante las primeras elecciones.

En efecto, los primeros comicios locales fueron para los partidos políticos una ocasión especialmente significativa para promover y premiar los cuadros destacados por su larga actividad militante, por su competencia técnico-profesional o por su representatividad social (punto sobre el que volveremos más tarde). Asimismo, posibilitaban el crecimiento del partido mediante el reclutamiento de élites locales. Para comprender en su auténtica significación estos datos ha de tenerse presente que existe una gran cantidad de ayuntamientos en Cataluña, más de 900, para representar una población de cerca de seis millones de habitantes, entre los que se eligen alrededor de 8.500 concejales; es decir, el 0,15 por 100 de la población de Cataluña tiene cargo municipal. Naturalmente, las pequeñas localidades quedan sobrerrepresentadas, como muestra el cuadro 4.

Al existir esta fuerte red político-administrativa local, combinada con una débil implantación militante de los partidos, los cargos municipales habían de convertirse forzosamente en uno de los núcleos más significativos de la afiliación partidista. Y, aunque no pueden aportarse datos para todos los partidos de Cataluña, sirvan como ejemplo estas cifras referidas al PSC: el 35 por 100 de los delegados en el tercer y cuarto congreso eran concejales o alcaldes; el 23 por 100 de los miembros, del Consejo Nacional, y el 15 por 100 de los miembros, de la Comisión Ejecutiva (7). Por todo ello, la formación de una élite política local democrática en España no ha de verse desconectada de los intentos de consolidar un incipiente sistema de partidos, de tal manera que, seguramente, las relaciones de autonomía-dependencia entre ayuntamientos y partidos y sus respectivas élites, existentes en todos los países, empezaron a formarse con unos rasgos peculiares en el sistema español. Este es un terreno completamente abierto para una posterior investigación y del que, por el momento, sólo podríamos avanzar que no han coincidido todos los partidos en una idéntica estrategia para formar la élite local y controlar su actividad.

Las elecciones de 1979 fueron, pues, una primera oportunidad para la extensión territorial de los partidos, especialmente los nacionalistas y centristas, aunque, como se vio en el cuadro 1, no será hasta 1983 cuando se empezará a marcar un claro dominio de los partidos sobre las agrupaciones. Estas se redujeron del 42,4 a un 27,5 por 100, cifra que, sin ser ni pequeña ni despreciable, es una clara muestra del aprovechamiento de los grandes partidos de los cuatro años transcurridos para extenderse geográficamente. Fenómeno que se produjo no tanto en competencia con estas élites locales cuanto por absorción en las propias listas.

(7) Estos datos proceden de la investigación doctoral de Gabriel Colomé sobre el Partit dels Socialistes de Catalunya, en curso de finalización.

CUADRO NÚM. 2

DISTRIBUCION DE CONCEJALES SEGUN EL TAMAÑO
Y LISTA(Porcentaje en horizontal e inferior a 100, al haberse eliminado otros partidos
y las agrupaciones recogidas en el cuadro núm. 1)

	PSC		PSUC		CiU		UCD	AP
	1979	1983	1979	1983	1979	1983	1979	1983
Menos de 250	1,8	4,4	—	—	19,5	53,7	22,4	3,3
De 250/2.000	5,4	12,5	1,3	0,4	20,1	44,8	16,2	4,8
De 2.000/20.000 ...	15,6	29,4	9,1	3,8	25,3	34,5	12,2	6,8
De 20.000/50.000 ...	30,5	44,7	28,3	13,2	19,9	24,2	11,3	7,3
De 50.000/100.000...	36,6	51,1	30,2	17,8	19,2	20,7	12,2	7,5
Más de 100.000 ...	35,5	53,6	32,9	21,8	12,1	15,5	15,6	9,1
TOTAL	11,3	21,3	6,7	3,3	21,4	39,7	15,2	5,6
	(912)	(1.717)	(544)	(263)	(1.738)	(3.203)	(1.228)	(452)

Y en esta expansión territorial se aprecian claramente algunas características del sistema de partidos en Cataluña: un progreso bipartidismo (sólo levemente corregido en las elecciones de 1987, aquí no estudiadas) y la concentración de la izquierda en las zonas predominantemente urbanas. En efecto, ya desde 1979 se nota cómo los municipios de menos de 2.000 habitantes quedaron prácticamente monopolizados por las agrupaciones de electores, CiU y la UCD y luego en 1983 por las agrupaciones y la coalición nacionalista. Así, en 1983, CiU llega casi a obtener el 45 por 100 de los concejales en los ayuntamientos de menos de 2.000 habitantes, por sólo el 12 por 100 de los socialistas.

Comparando los resultados de 1979 y 1983, socialistas y Convergencia amplían su dominio por la desaparición de numerosas agrupaciones y la crisis de los restantes partidos. El PSC empieza a introducirse en los pueblos pequeños y, a la vez, obtiene mejores resultados en las grandes ciudades por el hundimiento del PSUC, reflejo de la crisis comunista. Por su parte, CiU crece notablemente en los municipios pequeños y medianos, aunque parece tener más dificultades para ocupar el espacio de la UCD en las grandes aglomeraciones. En éstas, es AP quien consigue beneficiarse en mayor grado de la

desaparición del partido centrista; aunque, en cambio, tiene grandes dificultades para introducirse en los municipios pequeños (8).

CUADRO NÚM. 3

RESULTADOS PORCENTUALES DE PARTIDOS Y AGRUPACIONES

(Suma inferior a 100 por exclusión de otros partidos)

	Votos 79	Concejales	Alcaldes	Votos 83	Concejales	Alcaldes
PSC	26,6	11,6	8,8	39,3	21,2	16,7
PSUC	20,2	7,2	3,2	11,2	3,3	1,6
CiU	18,6	21,3	23,0	24,8	39,6	46,1
UCD	13,3	15,4	12,9	—	—	—
ERC	3,8	2,5	2,6	2,9	1,8	1,3
AP	1,7	0,2	0,2	9,3	5,6	2,6
Independientes.	11,7	41,7	49,2	6,4	27,4	31,2

De todas formas, conviene recordar que las cifras del cuadro 2 no pueden leerse mecánicamente, como si se trataran de resultados electorales. Ciertamente, en ellas pueden apreciarse las grandes evoluciones del electorado, pero se trata en este caso de porcentajes de concejales obtenidos por cada grupo y hay que recordar las profundas distorsiones que se producen por la abundancia de municipios y su desigual población. En el cuadro 3 se recogen los porcentajes de votos de cada partido y los resultados en número de concejales obtenidos y las posteriores distorsiones al elegirse los alcaldes. Pueden apreciarse las desigualdades según que las victorias se hayan obtenido en pequeñas poblaciones o en las grandes ciudades, porque, como indica el cuadro 4, más de la mitad de los concejales de Cataluña son elegidos en ayuntamientos de menos de 2.000 habitantes, aunque en ellos sólo viven el 6,7 por 100 de los ciudadanos catalanes.

No es, por consiguiente, de la evolución electoral de lo que estamos hablando, sino de la capacidad de organizarse como partido político con pre-

(8) Las referencias siguientes se realizarán exclusivamente para los cuatro principales partidos en cada elección, sin tener en cuenta algunas formaciones muy minoritarias y las agrupaciones de electores. Estos cuatro grupos obtuvieron el 95 por 100 de los representantes identificados con algún partido; así, pues, la reducción que hemos efectuado no presenta ninguna distorsión significativa de la realidad, especialmente si se tiene en cuenta que se han eliminado tanto partidos de derechas como de izquierdas o nacionalistas.

CUADRO NÚM. 4

DISTRIBUCION SEGUN EL TAMAÑO
DE POBLACIONES

	<i>Concejales</i>	<i>Población</i>
Menos de 250	11,3	6,7
De 250/2.000	43,8	
De 2.000/20.000	33,7	21,5
De 20.000/50.000	6,7	13,3
De 50.000/100.000	2,2	8,2
Más de 100.000	2,7	50,3

sencia en todo el territorio y conexión con las élites locales. En este sentido son significativos los distintos resultados; así, por ejemplo, la distribución geográfica de los concejales de AP es muy distinta a la de la UCD. Este partido seguramente pudo beneficiarse en 1979 de la estructura oficial de los gobiernos civiles y las diputaciones para estar presente en toda Cataluña; en cambio, en 1983, Alianza Popular no pudo recoger este voto rural. Las élites locales de las pequeñas poblaciones se dirigieron esencialmente a Convergencia, que disponía de unos recursos que no tenía AP: una mayor base militante, con mayores posibilidades de contactos con independientes de otras poblaciones, una extensión geográfica regular por toda Cataluña desde 1979 y el control del gobierno de la Generalitat, con las posibilidades simbólicas y materiales que esto supone, tanto para el propio partido como para el representante local que consigue el aval de CiU.

CONTINUIDAD O DISCONTINUIDAD

El grado de implantación territorial —diferente como decíamos de los movimientos electorales— es significativo en la medida en que nos indica la progresiva construcción de los partidos y su capacidad para conectar con determinadas élites locales que pueden representar intereses económicos sectoriales, nuevas fuerzas, etc. En esta línea, uno de los puntos más relevantes de estudio es hasta qué punto la democracia ha supuesto una renovación de la élite en el nivel municipal. En los Parlamentos central y regional así ha sido; pero cabe preguntarse hasta qué punto esta renovación hunde sus raíces en la estructura profunda de la sociedad.

Lamentablemente, como hemos señalado antes, nuestros datos proceden de una fuente oficial que no incluía esta información, y, por tanto, sólo podremos hacer conjeturas al respecto a partir de la variable «edad». En efecto, aunque la renovación de la élite podría producirse a través de grupos de edad elevada (quizá como recompensa a largos años de actividad democrática durante el franquismo), es evidente que unos representantes esencialmente jóvenes significan un cambio en el personal dirigente.

CUADRO NÚM. 5

EIDADES SEGUN EL CARGO

	<i>Concejales</i>		<i>Alcaldes</i>	
	<i>1979</i>	<i>1983</i>	<i>1979</i>	<i>1983</i>
Menos de 25 ...	3,2	12,4	1,0	4,8
25/34	33,6	37,0	23,9	32,6
35/44	29,6	28,0	26,7	28,8
45/54	21,2	16,5	29,2	24,4
55/64	8,0	5,4	11,8	8,7
65 o más	4,5	0,6	7,4	0,7

En este sentido, los datos reflejados en el cuadro 5 parecen indicar sin lugar a dudas que la llegada de la democracia va acompañada de una clara sustitución del personal político del franquismo por otro nuevo. Cerca del 65 por 100 de los representantes de 1979 tenían menos de cuarenta y cuatro años, cifra inferior a la de otras democracias ya consolidadas (9). Además, no sólo hay que señalar que por su juventud estos cargos locales suponen una ruptura con la anterior élite, sino también que, en su mayor parte, no habían ni tan sólo nacido en el momento de la guerra civil. Esta discontinuidad con el franquismo y con el período republicano del personal político local es un elemento más a añadir a todas las causas que han contribuido a

(9) Resulta difícil comparar los datos con los de otros países, porque las sociedades no son homogéneas. De todas formas, para sociedades de nuestra área cultural pueden consultarse: J. BECQUART-LECLERCQ: *Paradoxes du pouvoir local*, Presses de la FNSP, Paris, 1976; F. DE BAECQUE/J. L. QUERMONT: *Administration et Politique sous la Cinquième République*, Presses de la FNSP, Paris, 1981; A. MELIS: «Il reclutamento regionale dei Consiglieri comunali», en *Sociologia Urbana e Rurale*, núms. 14-15 (1984); J. VERDÈS-LEROUX: «Caractéristiques des maires des communes de plus de 2000 habitants», en *RFSP*, núm. 5 (1970).

cerrar las viejas fracturas políticas y puede significar, en otros términos, que los ayuntamientos democráticos estén en condiciones de asumir una representatividad general de todos los ciudadanos.

De todas formas, la conexión entre juventud y renovación muestra solamente los rasgos generales del proceso; sin embargo, no impide completamente la presencia de una parte de los antiguos cargos franquistas. De hecho, se desconocen los datos relativos al conjunto de los representantes, aunque, por lo que se refiere a los alcaldes, se ha descrito que continuaron al frente de la localidad 89 alcaldes franquistas, es decir, el 9,4 por 100 (10).

La cifra puede parecer abultada; sin embargo, hay que tener en cuenta que se trata en todos los casos de localidades pequeñas, por lo que apenas representan nada en cuanto a la capacidad de dirección del conjunto de los ciudadanos de Cataluña. Por otra parte, el mismo estudio revela que son muchos más —130— los alcaldes que, habiéndolo sido durante el franquismo, dejaron su cargo en 1979 para volver a él en las siguientes elecciones de 1983, lo cual significaría bien que su travesía del desierto ha hecho olvidar su pasado o bien que sus sucesores lo hicieron peor que ellos en el ejercicio de sus funciones.

En todo caso, estos elementos de continuidad no deben aislarse de otros aspectos. Calificar como franquistas a un grupo de alcaldes puede hacer perder de vista que el franquismo no fue nunca un movimiento homogéneo y que bajo su etiqueta convivían grupos con proyectos económicos, sociales y políticos distintos. Por todo ello, la presencia de alcaldes franquistas no ha de ser sobrevalorada, y las razones de su continuidad se deben buscar, mucho más que en la adscripción a esta etiqueta, en su conexión personal con la vida política local.

Esta reflexión queda corroborada en el cuadro 6, en el que se expresan las cifras de representantes de cada partido y agrupación electoral. Los resultados de Coalición Popular (el partido que aglutinó el franquismo más «puro») son prácticamente insignificantes; es decir, los sectores presuntamente representados por este partido prefirieron presentarse bajo etiquetas «no partidistas», con todo lo que ello indica de rechazo de opciones políticas globales, para presentarse en formas que ponen en primer lugar el localismo y la despolitización, como resulta habitual en las ideologías más conservadoras.

Por otra parte, la juventud del personal político local ha de comentarse no sólo en relación a la sustitución de las anteriores élites franquistas, sino también en lo que ello supone para la profesionalización de los electos. En

(10) F. BAIGES/C. ESTEBAN: «Evolució política dels alcaldes d'abans de la democràcia», en *L'opinió Socialista*, núm. 2 (1986).

efecto, el cuadro 5 no nos indica sólo la presumible existencia de una discontinuidad entre el franquismo y la democracia, sino la existencia de una renovación continuada entre las primeras y las segundas elecciones locales.

El personal político de 1979, comparativamente joven en relación a otros países democráticos, se ve parcialmente renovado en 1983 por otro de menor edad. Prácticamente, desaparecen todos los alcaldes de más de sesenta y cinco años, y el 3 por 100 de concejales de menos de veinticinco años llega ahora a ser más de un 12 por 100. De hecho, parece que a partir de 1983 la edad límite se sitúa en los cuarenta y cuatro años, perdiendo peso las categorías mayores (cuadro 5).

Estos datos sólo pueden tomarse como indicios, aunque, a nuestro entender, bastante claros, de una fuerte renovación de las personas que ostentaron cargos en 1979; sin embargo, hará falta investigar con mayor detenimiento si esta renovación es simplemente el resultado de los cambios en las fuerzas políticas dominantes en cada localidad o si incluso venciendo el mismo grupo se ha procedido a fuertes modificaciones en las listas presentadas. Esta última hipótesis parece ser la más evidente si se tienen en cuenta los datos del cuadro 6, donde se desglosa al anterior según partidos.

CUADRO NÚM. 6
PARTIDOS SEGUN EDADES

	<i>PSC</i>		<i>PSUC</i>		<i>CiU</i>		<i>UCD</i>	<i>AP</i>
	1979	1983	1979	1983	1979	1983	1979	1983
Menos de 25	3,8	12,8	6,1	11,8	2,2	9,8	1,6	6,0
De 25/34	40,8	45,9	44,5	52,6	30,3	32,7	21,0	24,9
De 35/44	32,9	27,0	25,9	25,2	31,3	30,0	30,9	28,9
De 45/54	13,2	9,9	13,3	7,6	26,3	20,3	27,5	29,3
De 55/64	7,6	3,9	8,0	2,3	8,8	6,3	9,5	9,8
De 65 o más	1,5	0,5	2,4	0,4	1,2	2,4	9,5	1,1

En efecto, dentro de sus diferencias, que indican que la izquierda, y especialmente el PSUC, presentan un personal más joven, todos los partidos optaron en 1983 por la vía del rejuvenecimiento. Incluso, y es un dato que conviene tener muy presente, por cuanto no puede responder a una estrategia planificada, las agrupaciones (no reflejadas en el cuadro) son más jóvenes, desapareciendo prácticamente todos sus concejales mayores de sesenta y cinco años y siendo sustituidos por el grupo de menor edad.

Es decir, la opción por una élite más joven es un proceso general que se impone a todos los grupos y que, como decíamos anteriormente, ha de conectarse con un intento de profesionalizar en mayor grado la actividad de los electos. Una dedicación exclusiva o primordial a las tareas de gestión municipal implican una alta disponibilidad de tiempo, incompatible en muchos casos con el desarrollo de otra actividad. En este sentido, la representación puede resultar muy costosa para aquellos grupos de la población ya bien arraigados en su propia profesión y con deseos de regresar a su actividad privada; así se abre la vía para una sustitución por un personal más joven, que, en un momento determinado, puede ya no desear o tener cerrado el paso a una actividad alejada de la política. Si todas estas hipótesis son ciertas (y naturalmente no referidas a individuos en concreto, sino de manera general), este proceso de renovación de las élites políticas locales es, más que la expresión de una fuerte rotación democrática en la que todos los ciudadanos participan en la gestión pública, un primer paso necesario en la formación de un personal político estable con largos años de ejercicio de su cargo.

FACTORES LOCALES DE LA REPRESENTATIVIDAD

Al hablar unas líneas más arriba del localismo de ciertas candidaturas, nos referíamos especialmente a un proyecto político consistente en rehuir la afiliación partidista para intentar presentar la competición electoral como un simple debate entre opciones locales, sin conexión con una problemática general. Quisiéramos hacer mención en este apartado de otro aspecto distinto del localismo, basado en los mecanismos políticos y sociológicos —quizás la expresión correcta sería culturales—, que otorgan notables ventajas para ocupar los mejores lugares en las listas a aquellas personas cuya vinculación con la comunidad local es más fuerte.

CUADRO NÚM. 7

PROCEDENCIA

	1979	1983
Nacidos en Cataluña	87,5	87,6
De ellos:		
En el mismo municipio ...	61,0	58,9
En otro municipio	26,5	28,4
Inmigrantes	12,5	12,4

A nadie extrañará, en principio, el cuadro 7, que confirma que los electores confían más en aquellos candidatos que poseen un fuerte enraizamiento en la localidad, probado a través de su nacimiento en el municipio. Sin embargo, sería poco relevante que nos limitáramos a afirmar que el fenómeno de una preferencia por los candidatos locales se ha producido también en Cataluña. El dato significativo es que ello ocurre a pesar de los cambios en la estructura demográfica, tanto por la llegada de inmigrantes de otras regiones españolas como por los movimientos internos del campo catalán a las ciudades. Ambos fenómenos han cambiado en pocos años el sentimiento de pertenencia a una comunidad local. No nos hallamos ya frente al caso de la existencia de un núcleo de familias prácticamente inalteradas durante generaciones, sino de una renovación del electorado en la que las relaciones de conocimiento y popularidad pueden basarse en otros mecanismos, como, por ejemplo, la misma experiencia de la emigración. En muchas localidades, la población inmigrada o recién llegada superaba a la nacida allí. Y, a pesar de ello, la representación —especialmente en el nivel más alto, la alcaldía— *ha continuado en manos de catalanes de origen nacidos en el mismo municipio.*

Este hecho lleva a preguntarse sobre los mecanismos de integración de la comunidad inmigrada en Cataluña. En realidad, y considerado simplemente de un modo teórico, no resultaba imposible que los partidos potenciaron en algunas zonas de Cataluña la presentación de candidatos nacidos fuera, si bien esto se enfrentaba a dos obstáculos. En primer lugar, podía facilitar un flanco para la crítica de otros grupos; en segundo lugar, los inmigrantes son en Cataluña un grupo social con un menor nivel cultural y profesional y, por tanto, su presencia en las listas electorales quedaba también dificultada por criterios de eficacia.

De todo ello resulta una aparente paradoja: como nuestros datos demuestran, los concejales de origen no catalán presentan un nivel educativo superior al de los nacidos en Cataluña (11).

Este dato, que puede parecer sorprendente si se tiene en cuenta que, en su conjunto, la población nacida en Cataluña tiene más años de escolarización que la procedente de otras regiones, no lo es tanto si se consideran las intermediaciones políticas que intervienen en las elecciones: la pertenencia a un

(11) El tema del nivel educativo se trata posteriormente. Digamos aquí tan sólo que, en 1979, los nacidos en Cataluña presentaban un 64 por 100 de estudios primarios y un 9,5 por 100 de estudios universitarios, mientras que en los inmigrantes estas cifras eran, respectivamente, del 59 y del 12 por 100. Estas diferencias se mantienen también en 1983.

grupo social no hegemónico eleva las exigencias que deben superar los miembros de este grupo para poder ser integrados en las listas electorales. De hecho, el no haber nacido en Cataluña actuaría como un factor negativo en el momento de formar las candidaturas, y tiene que ser contrapesado por un factor positivo como es un cierto nivel educativo. Por descontado, todo ello no formulado de una manera explícita y consciente por los partidos, sino como resultado de todas las consideraciones y conflictos que se producen al negociar las listas.

Por otro lado, estas cifras, que aquí sólo se presentan en sus aspectos globales, observadas con mayor detenimiento, mostrarían la repercusión de la estructura local sobre esta variable. En efecto, la población inmigrada reside mayoritariamente en Barcelona y su cinturón industrial, así como en algunos otros núcleos de gran población. Todos ellos generan muy pocos concejales, mientras que numerosas localidades sin apenas habitantes eligen un elevado número de representantes. Desglosando el análisis, podría verse cómo los concejales inmigrantes llegan al 40 por 100 en una comarca como el Bajo Llobregat y no llegan al 2 por 100 en otras.

Así, la inmigración está suficientemente integrada allá donde su grupo social de referencia es importante, combinando factores políticos y sociológicos (obreros, partidos de izquierdas, etc.) mediante partidos que han procurado eliminar los peligros potencialmente existentes de «segmentación». Ahora bien: la superación de la diversidad de origen se ha efectuado bajo la órbita de una política de carácter «nacionalista» (no sólo en los partidos nacionalistas clásicos, sino también en los de la izquierda socialista y comunista), que tenía su correlato en la presentación como candidatos a alcaldes de personas nacidas preferentemente en la localidad o, en todo caso, en Cataluña.

Así, el liderazgo presenta características diferentes en dos clases de comunidades. En los pueblos pequeños, con poco movimiento migratorio, el nacimiento del alcalde en la localidad le confiere una identificación inmediata con sus vecinos. En las ciudades con mayor movilidad demográfica, sin embargo, el origen catalán del alcalde es un mecanismo, más o menos conscientemente buscado por las élites de los partidos, para producir una integración de los sectores inmigrantes en la «realidad nacional» catalana.

Un mismo hecho, pues, encubre dos situaciones con distinto contenido político, porque si en los primeros casos el alcalde no está marcado por este problema, en los segundos el alcalde debe realizar una política —ya no simplemente en el plano simbólico representativo— capaz de superar las contradicciones regionales presentes en su localidad y ofrecer mecanismos de integración. En este sentido sería interesante ver hasta qué punto la compo-

sición regional de los consistorios ha influido en el momento de plantearse una política municipal lingüística, cultural, etc.

CUADRO NÚM. 8

LUGAR DE NACIMIENTO DE LOS CONCEJALES SEGUN PARTIDOS

	PSC		PSUC		CiU		UCD	AP
	1979	1983	1979	1983	1979	1983	1979	1983
Catalanes	69,0	73,4	54,1	58,7	94,6	95,1	93,0	89,8
Otras regiones	31,0	26,6	45,9	41,3	5,3	4,9	7,0	10,2

Por último, y para cerrar este tema, quizás sea significativo destacar que, a pesar de que se mantiene estable el porcentaje de concejales procedentes de la inmigración, disminuye en Convergencia, el PSC y el PSUC. Para CiU, el tema de la inmigración es irrelevante, cuando menos a nivel de cargos, debido tanto al predominio de representantes de zonas agrarias y de pequeños municipios como a su imagen nacionalista. En cambio, para el PSC y el PSUC, que se plantean conscientemente una política de integración, los datos no pueden dejar de plantear la pregunta de si esta tónica de disminución va a continuar en el futuro o si es un simple reflejo de la distinta presencia geográfica entre unas elecciones y otras en el PSC y de la escisión con el PCC en el PSUC (12).

REPRESENTATIVIDAD Y PROFESIONALIZACION

La convocatoria de unas elecciones locales en 1979 dio una oportunidad a los partidos políticos para extenderse a zonas geográficas que hasta aquel momento no controlaban (13); pero fue también una posibilidad para que gran número de ciudadanos asumieran una participación activa en las instituciones locales. Más de 8.000 cargos es una cifra que *a priori* permite pensar que podrá dar cobijo a todas las categorías sociales. Son conocidos, sin

(12) Para mayor detalle sobre las relaciones entre los partidos y la inmigración, véase J. BOTELLA/J. MARCET: *art. cit.*

(13) Por ello, la primera ley electoral municipal reforzó extraordinariamente los aspectos partitocráticos.

embargo, los mecanismos de distorsión que operan en todas las elecciones y las tendencias a la profesionalización de los políticos, denunciadas por una amplísima literatura.

Por ello estas primeras elecciones planteaban dos problemas claramente vinculados: por una parte, ¿sería posible una élite local con mayor representatividad sociológica que la estatal o la regional?, y por otro lado, ¿estarían formados los ayuntamientos por personas con una especial competencia técnico-profesional? No hace falta insistir en que la respuesta difícilmente puede ser positiva en los dos sentidos, y, sin embargo, por paradójico que parezca, hemos de señalar que las primeras elecciones locales consiguieron crear unos consejos municipales que, en sus cifras globales, no se identifican ni con el conjunto de la población ni presentan un personal político altamente cualificado.

CUADRO NÚM. 9
DISTRIBUCION POR SEXO SEGUN CARGO

	<i>Concejales</i>		<i>Alcaldes</i>	
	<i>1979</i>	<i>1983</i>	<i>1979</i>	<i>1983</i>
Hombres	95,4	93,4	98,1	97,9
Mujeres	4,6	6,6	1,9	2,1

Un primer ejemplo de estas distorsiones sociológicas lo ofrece el cuadro número 9: las mujeres están prácticamente ausentes de la representación municipal y, aunque todos los partidos intentaron compensar mejor sus candidaturas en 1983 (como puede verse en el cuadro 10), las distancias entre la participación masculina y la femenina son abismales.

CUADRO NÚM. 10
PORCENTAJE DE MUJERES ELEGIDAS
EN DISTINTOS PARTIDOS

	<i>1979</i>	<i>1983</i>
PSC	7,0	9,3
PSUC	9,6	11,0
CiU	4,7	4,8
UCD	2,4	—
AP	—	3,1

La baja tasa de representación femenina es ya una constante en todos los estudios de sociología política, y las razones que llevan a la discriminación de este grupo son tan conocidas, que no insistiremos en ello (14). Ahora bien: contra una idea generalmente extendida, quizás habría de insistirse en que es menor todavía la tasa de feminización en las localidades que en las instancias centrales de los partidos y en los Parlamentos estatal y regional.

Así, pues, la política local no resulta ser la escuela de aprendizaje para la incorporación de la mujer a la actividad política, y, por ahora, las líneas de reclutamiento habrán de buscarse en otros terrenos (grupos feministas, universidad, etc.) que le son más favorables.

Si esto es así —y hará falta una serie temporal más larga para confirmarlo—, si la renovación de las características sociológicas de las élites se efectúa antes en las instancias centrales que en las locales, podrá pensarse como hipótesis que las imágenes que se conectan con el término «representación» y, por tanto, con el liderazgo, nacen fuera del ámbito local, y éste se limitaría a reproducirlas con retraso.

Un segundo aspecto de los problemas de la representatividad están conectados con el grado de competencia profesional que, se supone, necesitan los cargos municipales. El conocido problema representatividad y/o eficacia revestía unas especiales características en las primeras elecciones democráticas. En efecto, los partidos se encontraban enfrentados a varios dilemas: ¿deberían presentar como candidatos a los militantes del partido o, por el contrario, ofrecer los puestos a personas independientes?; ¿debía potenciarse la presentación de personas con un largo historial democrático o, más bien, candidatos con un prestigio derivado de razones no políticas?; ¿había de buscarse un liderazgo de identificación social o de competencia técnico-profesional? Todas estas preguntas giran alrededor de un mismo tema, aunque no son exactamente idénticas. El problema de fondo era cómo captar el máximo de votos en una situación de incertidumbre (derivada de la falta de arraigo de los partidos y el desconocimiento de las preferencias de los votantes en unas primeras elecciones locales) y lograr simultáneamente crear una élite capaz de superar la grave crisis de gestión municipal que el franquismo había creado.

(14) Al igual que los inmigrantes, también las mujeres son un grupo social discriminado, por lo que vuelve a reproducirse la situación comentada en la nota 11. Sus estudios son superiores al de los hombres. El 22,6 por 100 de las mujeres tienen estudios universitarios en comparación al 9,5 por 100 de los hombres; por el contrario, sólo el 37,6 por 100 de las mujeres se hallan en la categoría de estudios primarios, siendo el porcentaje del 64,2 en los hombres.

CUADRO NÚM. 11

ESTUDIOS SEGUN CARGO

	<i>Concejales</i>		<i>Alcaldes</i>	
	<i>1979</i>	<i>1983</i>	<i>1979</i>	<i>1983</i>
Primarios	63,5	51,5	58,9	49,8
Bach. elemental	13,2	17,3	13,9	18,0
Formación profesional.	2,4	5,6	2,1	5,6
Bach. superior	4,8	9,0	6,1	8,4
Grado medio	6,0	7,3	7,8	7,1
Universitarios	10,0	9,3	11,2	11,1

No puede ser objeto de este artículo reponder globalmente estas cuestiones al limitarnos aquí a comentar los datos ya señalados. Ahora bien: empíricamente parece poder afirmarse que predominaron los criterios de representación política y sociológica por encima de los de eficacia y competencia. El cuadro 11 presenta los estudios realizados por la élite local. Esta, como resulta lógico, presenta una mayor cualificación educativa que la población en su conjunto; sin embargo, no puede decirse que el nivel de estudios sea muy elevado, y ello hace pensar que el criterio determinante en el momento de elaborar las listas electorales no fue precisamente el de las dificultades técnicas con las que iban a encontrarse los concejales al acceder a los ayuntamientos. Contrasta, efectivamente, que la mitad de los concejales sólo tenga «estudios primarios», con el aproximadamente 10 por 100 de representantes con título superior.

El personal político de los ayuntamientos catalanes no parece, pues, que destaque por una elevada capacitación educativa, a pesar de que, en conjunto, los alcaldes parezcan más formados que los concejales y que en 1983 se presente una tendencia hacia la desaparición de los niveles educativos más bajos. Así, mientras que en las primeras elecciones de 1979 más del 60 por 100 de los concejales sólo tenían estudios primarios, en 1983 éstos se han reducido al 51,5 por 100. Es lícito presumir, pues, que los primeros cuatro años de gestión democrática sirvieron para apreciar las dificultades técnicas que comporta la representación municipal. Por eso no es de extrañar la renovación de personas que apuntábamos anteriormente y la mejor capacitación de los llegados en 1983.

De esta manera, los cuatro primeros años habrían actuado como una escuela para partidos y electos, corrigiendo lo que podría denominarse un

excesivo «populismo» para ir apuntando rasgos de una mayor profesionalización. En efecto, todos los partidos (e incluso las agrupaciones, tampoco recogidas en este cuadro número 12) presentan la misma tendencia de disminución de los perfiles educativos más bajos.

CUADRO NÚM. 12

ESTUDIOS SEGUN PARTIDOS

	PSC		PSUC		CiU		UCD	AP
	1979	1983	1979	1983	1979	1983	1979	1983
Primarios	43,8	40,8	52,1	33,6	56,1	54,1	71,3	54,1
Bachillerato Elem. ...	15,8	14,9	11,7	9,7	15,3	18,3	10,9	17,1
Formación Prof. ...	4,7	6,5	2,3	6,6	2,8	5,5	1,3	3,8
Bachillerato Sup. ...	8,1	12,8	7,0	15,1	5,8	7,5	3,3	8,1
Grado Medio	10,2	10,3	5,9	9,7	8,9	6,5	4,7	7,6
Universitarios	17,3	14,7	21,0	25,5	11,0	7,7	8,5	9,3

La evolución no es muy marcada, aunque exista. La caída en el PSC y CiU de la tasa de universitarios (probablemente por su extensión a pequeños municipios) mitiga de alguna manera el debilitamiento del núcleo mayoritario de concejales con sólo estudios primarios. La evolución más clara se aprecia en el PSUC, y sólo queda ligeramente atenuada si se le añaden los datos relativos al PCC.

En resumen, las primeras elecciones han marcado profundamente el tipo de élite local (conviene decirlo, aunque sea obvio, los niveles educativos son muy distintos según el tamaño de las poblaciones). Las correcciones efectuadas han servido más para eliminar un grupo con una capacitación muy baja que para acrecentar el grupo de las personas de más alta formación educativa. Naturalmente, no puede ni debe hacerse ningún juicio de valor, y quizás los datos sean la demostración de que, con sentido común, aunque no se tengan estudios, se puede ser un buen representante. Sin embargo, cabe preguntarse el porqué de la ausencia de los universitarios de la representación local: ¿les resulta más rentable la vida profesional?, ¿ha sido un afán populista el que los ha excluido de figurar en las listas? Estas y otras muchas preguntas pueden formularse, así como plantearse si una representación de este tipo es la más adecuada para ofrecer los servicios que los ciudadanos reclaman o, fracasando en la gestión, servirá para potenciar a los cargos de

designación directa del alcalde y a los grupos tecno-burocráticos, con lo que ello comportaría de exclusión de los auténticos representantes del pueblo. Tema este esencial para el futuro de la vida política local, y que ahora sólo se puede dejar apuntado.

Relacionado con el nivel educativo, el cuadro 13 ofrece su concreción en las categorías socioprofesionales. Aquí los datos son todavía más sorprendentes; lógicamente, con lo anterior, las categorías mejor representadas no son aquellas que, tradicionalmente, se han dedicado a la gestión pública, como abogados, médicos, economistas, etc. El hecho más destacable es que en 1979 el 32 por 100 de los concejales sean campesinos, y un 23 por 100, asalariados de la industria (cifras que en 1983 se reducirán algo para la primera categoría). Este dominio de estos dos grupos —que, combinadas con los estudios, indican una extracción muy popular— no es exactamente un reflejo de la estructura ocupacional de la población. En efecto, la categoría «campesinos» se halla en clara disminución en una sociedad cada día más industrial y terciaria. Por ello no deja de parecer sorprendente que el 5 por 100 de la población llegue a suministrar casi una tercera parte de los miembros de los Consejos locales.

CUADRO NÚM. 13

CATEGORIAS SOCIOPROFESIONALES SEGUN EL CARGO

	1979		1983	
	Concejales	Alcaldes	Concejales	Alcaldes
Empresarios, directivos	6,3	9,6	6,9	9,5
Autónomos, comerciantes	5,5	6,0	4,0	5,9
Profesiones liberales, técnicos superiores	7,9	10,2	10,0	10,7
Funcionarios, técnicos medios ...	2,0	2,6	2,0	2,3
Enseñantes	3,6	3,3	4,5	4,0
Empleados	15,5	12,4	16,6	11,5
Campesinos	31,8	42,4	27,6	40,2
Trabajadores	23,4	11,8	23,5	12,6
Otros	0,5	0,5	0,4	0,8
Inactivos	3,4	2,2	4,5	2,5

Así se ha llegado a pensar (vista la procedencia oficial de los datos que han servido para la tabulación) si esta categoría no habría podido servir de

refugio a otros grupos relacionados con la vida rural sin ser necesariamente campesinos, como podrían ser los empresarios agrícolas, etc. Este es un problema que no se puede resolver completamente con las fuentes de información de que disponemos (15); sin embargo, cruzando la variable ocupacional con la de residencia, edad, estudios, etc., parece presentarse una imagen que corresponde en general a la del campesinado catalán.

Naturalmente, el triunfo de esta categoría se halla correlacionado con la estructura local de Cataluña, en la que predominan los pequeños municipios. De todas formas, ni todos los municipios medio-pequeños viven de la agricultura ni todos los núcleos agrícolas están formados sólo por campesinos. Frente a otras opciones, por ejemplo, potenciando la presencia de maestros, médicos o comerciantes también conectados con la vida «rural», las candidaturas han ofrecido una imagen muy determinada (reforzada posteriormente en el momento de la elección de los alcaldes).

En resumen, las primeras elecciones posibilitaron el acceso a los cargos públicos de un personal político de extracción popular; por el contrario, las clases medias y sus profesionales tienen una presencia menor de lo acostumbrado en otros estudios sobre las élites. Este puede ser, sin embargo, un resultado específico de unas primeras elecciones, porque es de prever que en el futuro la complejidad de la vida local comporte una mayor tecnificación de los cargos electos. Hipótesis esta que, naturalmente, requerirá futuras investigaciones para descubrir si en las próximas elecciones municipales se van cambiando estos rasgos en beneficio de un *curriculum* más profesionalizado. Por último, la composición socioprofesional nos permite dedicar algunas palabras a las similitudes y diferencias entre las élites de los partidos en el doble esfuerzo tanto de realizar un análisis concreto de los sectores a que se dirige cada partido como en el de abordar el problema de hasta qué punto las exigencias —reales o imaginadas— de unas elecciones locales imponen unos criterios de homogeneización más fuertes de lo que parece dejar de entrever la concepción «clasista» usual de los partidos, que los conecta directamente con unos apoyos sociales específicos. En efecto, a lo largo de estas páginas hemos destacado que la distribución geográfica de la representación partidista no es homogénea, siendo ésta la variable que divide más profundamente la élite de los partidos de izquierda de aquellos de centro y derecha. Tanto en 1979 como en 1983, la izquierda obtuvo sus mejores resultados en las ciudades grandes, aunque con diferencias internas, porque

(15) También resulta problemática la categoría de «inactivos», porque en algunos casos, que no hemos podido controlar los datos recogidos, deben basarse en el DNI, que no incluye las situaciones de desempleo, por ejemplo, sino la profesión teóricamente ejercida en el supuesto de trabajar.

el partido comunista se encontraba más limitado al núcleo urbano cercano a Barcelona. Por el contrario, CiU y UCD se veían casi reducidos a la representación de los municipios medianos y pequeños.

Ahora bien: esta distribución territorial podría considerarse neutral desde el punto de vista de un intento de caracterización sociológica del personal político de cada partido; sin embargo, no es exactamente así, en la medida en que las diferencias entre los grupos no son tan marcadas que no quepa atribuirles a la representación de comunidades notablemente diferenciadas en su composición social.

En efecto, los representantes de los partidos de izquierda presentan unas tasas de feminización algo mayor (especialmente el PSUC), como ha podido verse en el cuadro 10. De todas maneras, cabe preguntarse si este hecho es un resultado consciente de la voluntad política de los partidos o, simplemente, éstos han ido a remolque de una mejor posición social de las mujeres en los ámbitos urbanos.

El mismo tipo de problemas se plantea con las referencias a la edad del cuadro 12. También aquí pudo apreciarse que los partidos de izquierda se han caracterizado por una mayor juventud entre sus concejales que los partidos nacionalistas o centristas. De todas formas, hay que tener en cuenta que estos últimos grupos obtienen sus mejores resultados en las pequeñas poblaciones, que han ido perdiendo población y envejeciendo progresivamente, sin que, por el contrario, haya llegado una población inmigrante con prácticas natalicias menos restrictivas que las catalanas.

Idéntico comentario puede realizarse con la variable estudios del cuadro número 12. La izquierda presenta un nivel cultural algo superior a los dos restantes grupos (a su vez, entre los partidos de izquierda, así como entre los de la derecha, hay significativas diferencias); lo que estaría en concordancia con su composición más urbana.

Veamos ahora, en cambio, el cuadro 14: las diferencias parecen ser más importantes y podrían leerse en el sentido de que cada grupo ha tendido a privilegiar unos determinados sectores sociales. Así, en el PSC y en el PSUC las categorías mejor representadas son las de obreros y empleados, mientras que en los restantes grupos domina la de los campesinos y obtienen una buena representación los altos cargos directivos y empresariales, prácticamente ausentes en los partidos de izquierda. Sin embargo, conviene hacer notar que también aquí actúa la variable rural-urbana, como lo demuestra el que en 1983, con la extensión territorial del PSC y de CiU aumenta en los dos grupos el porcentaje de campesinos. Por otra parte, hay que tener en cuenta que el cuadro 14 presenta la composición interna de los cargos de cada partido, pero no el grado de penetración en cada una

CUADRO NÚM. 14

CATEGORIAS SOCIOPROFESIONES SEGUN LOS PARTIDOS
(Porcentaje vertical)

	PSC		PSUC		CiU		UCD	AP
	1979	1983	1979	1983	1979	1983	1979	1983
Directivos y empresarios	3,0	3,0	2,0	1,5	9,4	9,4	10,0	11,4
Autónomos y comercio	3,6	2,8	3,0	3,4	7,6	4,9	6,2	5,1
Prof. liberales y técnicos superiores...	14,6	16,6	12,8	20,2	10,5	8,6	6,1	9,8
Funcionarios y técnicos medios	3,1	2,0	3,4	1,9	2,4	2,2	3,3	5,1
Enseñantes	6,4	7,1	8,8	14,5	3,0	2,5	2,2	2,4
Empleados	25,5	20,0	20,3	16,8	17,4	14,5	11,6	15,8
Campesinos	9,1	15,8	7,0	2,3	24,6	35,0	44,9	33,0
Obreros	29,6	26,8	35,5	31,7	21,7	19,3	15,5	15,3
Otros	0,8	1,0	1,5	1,5	0,6	0,2	0,2	0,2
Inactivos	4,2	1,1	5,6	6,1	2,6	3,5	1,9	3,1

CUADRO NÚM. 15

CATEGORIAS SOCIOPROFESIONALES SEGUN LOS PARTIDOS
(Porcentaje horizontal. Inferior a 100 por exclusión de pequeños partidos y agrupaciones)

	PSC		PSUC		CiU		UCD	AP
	1979	1983	1979	1983	1979	1983	1979	1983
Directivos y empresarios	4,9	8,8	2,1	0,7	29,9	51,5	23,4	8,8
Autónomos y comercio	7,1	13,8	3,7	2,6	29,0	45,5	17,5	6,7
Prof. liberales y técnicos superiores...	19,6	34,8	10,6	6,5	27,4	34,0	11,6	5,4
Funcionarios y técnicos medios	17,9	21,2	11,9	3,1	26,5	44,3	10,6	10,6
Enseñantes	19,9	33,8	17,0	10,7	18,1	22,5	9,8	3,1
Empleados	18,6	26,4	9,2	3,4	24,6	35,7	12,0	5,5
Campesinos	3,0	11,5	1,4	0,3	15,9	47,9	21,3	6,4
Obreros	14,7	25,4	11,0	4,6	21,0	34,4	11,0	3,8
Inactivos	14,3	25,1	11,9	4,7	17,5	32,9	9,1	4,1

de las categorías sociales, recogida en el cuadro 15, por el que puede apreciarse que la coalición nacionalista obtiene en todos los grupos (excepto por poca diferencia el de enseñantes) el mejor resultado. Ello es, en parte, consecuencia de ser el partido con mayor número de representantes, pero no se debe exclusivamente a este hecho, por cuanto no hay necesidad de lo uno para lo otro. En el fondo, lo que los datos demuestran es la tendencia interclasista y *catch-all* tanto del PSC como de CiU y la necesidad de adaptar los candidatos a la composición social de los lugares en los que dominan.

Así también, desde el punto de vista de la representación partidista, hemos de subrayar, una vez más, la influencia del mapa municipal y electoral de Cataluña. La abundancia de pequeños municipios, en los que la izquierda prácticamente está ausente y la gran área de Barcelona con malos resultados de la derecha, distorsiona las comparaciones sociológicas. Las diferencias interélites responden al predominio de la representatividad sociológica sobre la competencia técnico-profesional, y la representatividad sociológica se correlaciona con la composición social de cada área. Son muy superiores las diferencias internas de un partido entre sus áreas urbana y rural que entre los diferentes partidos entre sí.

UNAS NOTAS FINALES

Una lectura atenta de los cuadros presentados permite realizar muchos más comentarios de los hasta ahora efectuados. Es posible diferenciar entre las cifras presentadas para 1979 y 1983, entre dos partidos, entre concejales y alcaldes, y así sucesivamente. Nuestro análisis desbordaría las páginas concedidas si efectuáramos esta serie de comparaciones puntuales, por lo que dejamos a la observación del lector estos aspectos. A lo largo de estas páginas nos hemos limitado a presentar la composición sociológica de la élite local en las primeras elecciones democráticas de 1979 en Cataluña y su consolidación y evolución en 1983. Todo ello no resulta suficiente para definir en qué consisten las funciones de los líderes locales en nuestro sistema político.

Nuestra perspectiva ha sido la de plantearnos previamente quién forma la élite política antes de conocer cómo actúa y en qué consiste su actividad. Esto ha producido un predominio de las técnicas cuantitativas sobre otras técnicas de investigación basadas, por ejemplo, en el análisis de la decisión política o en las entrevistas no directivas.

De todas formas, si la diferencia de técnicas es adecuada para diferenciar el quién y el cómo, cabe plantearse el problema de hasta qué punto la una es tributaria de la otra. Nosotros creemos que, en parte, el liderazgo local ha

de estar influido por estas características de la composición que hemos venido señalando, especialmente el predominio de la representatividad sociológica sobre la profesionalización. Por estas razones plantearíamos la hipótesis —objeto de futuras investigaciones— de que la élite local se subordina a las direcciones y a los equipos técnicos de los partidos, además de tener una fuerte dependencia de la Administración local y regional. Quizá por ello pueda pensarse que una de las funciones básicas de esta élite sea la de intermediación entre los centros de poder político y las necesidades de sus ciudadanos.